

« to el 2 de setiembre. » Inmediatamente que se supo este decreto se formó una comision popular que hacia las veces de jurado y Maillard fué elegido para presidente. El 17 de diciembre 1793 le arrestaron juntamente con Vincent y Ronsin , pero tuvo la fortuna de salir libre, mientras que los otros dos fueron guillotinos. Se asegura que despues fue agente de la comision de seguridad general.

## PAGINA 335.

3 Aunque parece inútil cuanto se diga acerca de Robespierre, porque su nombre solo equivale á toda una descripcion , sin embargo no podemos menos de dar algunas noticias de la vida de este tirano.

Maximiliano Isidro Robespierre nació en Arras en 1759. Su padre , que era un abogado del tribunal superior de Artois , de resultas de haberse arruinado por sus disipaciones , salió de Francia mucho tiempo antes de la revolucion y abrió una escuela de frances en Colonia. Luego pasó á Inglaterra , despues á Alemania y no se volvió á saber mas de él. Su madre Maria Josefa Carreau era hija de un fabricante de cerveza de Arras y murió muy jóven, dejando á su hijo mayor de edad de 9 años y á otro hermanito suyo que tuvo la misma suerte que él. Costeó su primera educacion el Sr. obispo de Arras , aquel mismo Mr. de Conzié que luego dió tantas pruebas de lo mucho que detestaba los principios de la revolucion , y no perdonó diligencia hasta conseguirle una beca gratuita en el colegio de Luis el Grande. Dicese que desde su mas tierna edad era sombrío y mal inclinado aunque muy tímido, cuyo carácter sabia disimular delante de sus maestros que lo atribuian á pasion por el estudio. Corria con darle las asistencias en nombre del obispo de Arras un canónigo de Paris llamado Mr. Aimé , á cuya mesa comia frecuentemente , y á quien el persiguió luego con una especie de encarnizamiento. No dejó de contribuir mucho al desarrollo de su aficion al republicanismo , el entusiasmo de uno de sus catredáticos por todos los héroes

de Roma , en términos que llamaba á su discípulo *el romano* , y no cesaba de aplaudirle por su independecia y amor á la igualdad. Error muy comun y muy sustancial en el método de enseñanza seguido en Francia , en España y en otras monarquias mas ó menos templadas , en las cuales los primeros libros que se ponen en manos de la juventud son los elogios y excelencias del gobierno republicano, de la libertad del pueblo y de su constante accion en los negocios públicos , y luego se les castiga por la menor muestra que dan de haber aprendido lo que se les mandó estudiar. De todas maneras lo cierto es que Robespierre era mucho mas aplicado que sus compañeros y mucho mas de lo que se acostumbra á su edad , en términos de llegar á concebirse de él esperanzas que , cierto , estuvieron muy léjos de realizarse. El año 1775 cuando Luis XVI hizo su entrada pública en Paris , fue elegido por sus compañeros y condiscipulos para ir á presentarle en su nombre el homenaje de su reconocimiento. Luego que se recibió de abogado en el consejo de Artois , compuso unos memoriales contra los magistrados de Saint Omér , contra los de Arras y contra los estados de su provincia , y aunque era poco estimado de los de su cuerpo á causa de su humor irritable , no dejó de obtener una plaza en la academia de Arras. Desde las primeras turbulencias de 1788 ya empezó á fermentar su cabeza , y no hubo juntita ni conciliábulo revolucionario en que él no estuviese de los primeros, hasta que el estado llano de Artois le nombró por uno de sus diputados á los estados generales. En los principios de aquella asamblea no tuvo el menor influjo , y durante aquella primera legislatura fue mirado como un hombre melancólico , capaz de todo pero falto de medios. Sin embargo , á pesar de que por su elocuencia no podia rivalizar con los oradores que entonces brillaban en la tribuna , no dejó de ir adquiriendo algun influjo con el populacho , y Necker mismo le estuvo adulando en la sesion del 20 de junio. Durante algun tiempo hizo la corte á Mirabeau que le despreciaba altamente , y de tal manera le acom-

pañaba y seguía por las calles y plazas públicas que dieron en llamarle *el mono de Mirabeau*. No porque gustase en manera alguna de aquel hombre célebre, sino porque le miraba como al ídolo del pueblo, y así procuró irse separando de él apenas notó los primeros síntomas de que se despopularizaba. La primera vez que llamó la atención de la asamblea fué el 20 de julio 1789 en que se opuso al proyecto de la ley marcial, procurando legitimar desde entonces el derecho de insurrección. El 24 de agosto en un discurso contra el despotismo y la tiranía, propuso la libertad de imprenta como única garantía de la pública libertad. El día 28 del mismo mes, cuando la asamblea declaró *la Francia monárquica*, anduvo haciendo escaramuzas al rededor de la idea de república sin atreverse á pronunciar esta palabra, pero la asamblea que adivinó sus intenciones, le impuso silencio. En los días 4 y 5 de setiembre de aquel año, denunció al segundo comandante de la guardia nacional Lasalle, y se esplicó con mucha virulencia contra el rey y sus ministros por ciertas reflexiones que se había permitido hacer sobre los decretos presentados á su sancion. No consta que tuviese parte alguna en los alborotos del 5 y 6 de octubre, contentándose con arengar á las mugeres que acompañaban á Maillard á la asamblea. Desde entonces ya no perdió ocasion de declararse protector de todas las ideas desorganizadoras, por ejemplo la máxima de que « un hombre que no tenga un solo maravedí de propiedad, tiene el mismo derecho para ser elector y elegible que los propietarios. » En seguida emprendió contra los estados de Cambresis, contra Mr. Alberto de Rioms, contra el parlamento de Rennes, y sobre todo contra el derecho de paz y guerra que se quería conferir al rey, diciendo que este no era mas que « una especie de mancebo (comis) subdelegado para ejecutar las órdenes de la nacion. » De este modo iba adquiriendo grande influjo en los clubs, al paso que le despreciaban en el seno de la asamblea.

Sería demasiado molesto seguirle en todas sus vota-

ciones, tanto mas cuanto no se vió jamas en él una serie de ideas consecuentes la una á la otra, sino que por el contrario se notaba cierto desorden y contradiccion, bien fuese natural ó afectada. ¿Quién diria, por ejemplo, que Robespierre fué el que con mas empeño solicitó que se aumentara la asignacion de los eclesiásticos ancianos en proporcion de sus necesidades? ¿Que él fué quien reclamó la necesidad de modificar la legislacion en materia criminal, y por último que el 50 de mayo se pronunciase abiertamente contra la pena de muerte? Aquel mismo que pocos meses despues habia de derramar á torrentes la sangre de sus conciudadanos, se empeñó en demostrar que semejante pena no habia podido ser inventada sino por tiranos. Pero toda esta moderacion de aquellos dias se convirtió al siguiente en un desusado furor, al oír la lectura que hizo uno de los secretarios de una carta del abate Raynal en que censuraba la mayor parte de los trabajos de la asamblea. Oh entonces ya no encontró Robespierre pena ni ignominia bastante para cubrir con ellas al anciano apóstol de la libertad! Por que ha de tenerse entendido que no ha existido jamas en el mundo príncipe tan fatuo ni tirano tan orgulloso, como esos demagogos y esas corporaciones que se dicen ser enemigas de toda tiranía y de todo privilegio. Dudar de la sabiduria de un consejo, de una asamblea, de unas córtes, ó de una cámara de diputados es el mayor delito á que puede llegar la perversidad humana en el concepto del mas modesto de sus individuos.

Pero en medio de todas sus arrogancias de corporacion era Robespierre sumamente tímido de su persona, pues que habiéndose suscitado de resultas del viage de Varennes la cuestion de la inviolabilidad del monarca, á que él se habia opuesto inútilmente el día 14 de julio, solicitó en la misma sesion que « á lo menos no se provocase la desgracia de las personas que habian opinado por la negativa. » Al día siguiente al salir de los jacobinos le dijo al pueblo que le rodeaba « amigos míos, todo está perdido, el rey queda á salvo. » Espresion que indica-

ba bien sus proyectos y sus temores. Sin embargo el día 16 en lugar de irse á la asamblea se fué á los jacobinos, en el momento en que habian salido de allí casi todos los diputados y principió una arenga en que no solo denunciaba á sus cólegas, sino afirmó que habian querido asesinarle. Apoyado por Marat y Danton logró exaltar de tal suerte la imaginacion de los oyentes, que al siguiente día 17 se reunieron de nuevo en el campo de Marte y levantaron un altar con esta inscripcion « *Al que ha merecido bien de la patria* » y debajo el nombre de Robespierre. Mas él no se atrevió á concurrir á esta especie de apotheosis y Lafayette dispó el tumulto al frente de la fuerza armada. Lo restante de aquella legislatura lo empleó Robespierre en declamar constantemente contra el rey y contra la constitucion que le conservaba ciertos derechos de que el habia querido despojarle. Sus compañeros no se tomaban la pena de contradecirle, contentándose con votar en contra y tenerle por un exagerado; pero el pueblo de las tribunas le escuchaba como á un oráculo, y el día que se cerró la asamblea vino á su encuentro al salir de la sala, le puso una corona de encina en la cabeza, le colocó en una carroza, desenganchó los caballos y le llevó hasta su casa gritando, « he aquí el amigo del pueblo, el gran defensor de la libertad. » Tambien Petion tuvo parte en este triunfo, lo cual no impidió que pocos dias despues le acusase de que afectaba tener religion, á lo cual le contestó el otro: « tu sabes muy bien todo lo que yo hago ¿ qué te importa saber como pienso? »

Habiendo solicitado una licencia temporal, dió una vuelta por su pueblo y fué recibido en él con extraordinario entusiasmo por todos los que eran del partido popular, y habiéndole salido al encuentro, le presentaron coronas cívicas y por la noche se iluminó la ciudad. Solo los que pasaban por enemigos de la constitucion reusaron asistir á la fiesta, lo cual sirvió luego de pretexto para perseguirles. Habia sido nombrado en junio 1791 fiscal del tribunal criminal de Paris, y como ya se habian

concluido sus funciones legislativas, prestó juramento ante el ayuntamiento en 15 de febrero 1792, pero renunció esta plaza en el mes próximo de abril para dedicarse enteramente á la direccion del club de los jacobinos. No dejó de ocasionarle algun disfavor esta renuncia, pero sin embargo, el fué quien recibió á Dumouriez en el club, y quien abrazándole le dijo: « Si Dumouriez continúa como ha principiado, encontrará un hermano en cada uno de nosotros, pero tengo por muy difícil hallar en un ministro un buen ciudadano. » Dumouriez no le contestó sino arrojándose en sus brazos y recibió de sus manos el gorro colorado.

En toda aquella época se le vió acudir muy á menudo á la barra de la asamblea legislativa para felicitarla ó intimidarla en nombre de su partido; pero como era naturalmente tímido ó hipócrita, no hizo mas que un papel secundario en las terribles jornadas del 20 de junio y 10 de agosto 1792, si bien de resultas de esta última fué nombrado miembro de la municipalidad que reinó desde entonces en la capital. Fué luego presidente del tribunal encargado de juzgar á las víctimas de aquel dia, y últimamente miembro del consejo de justicia que trabajaba con el ministro Danton. Sin embargo renunció la presidencia del tribunal especial de 10 de agosto, por que segun el mismo aseguró, habia denunciado mucho tiempo antes y acusado tambien á los compradores que este tribunal estaba encargado de juzgar. El dia 12 de agosto solicitó de los jacobinos que se juzgase á Custine y se le condenase á muerte dentro de las 24 horas.

En cuanto á las matanzas de setiembre, parece que se contentó, como tenia de costumbre, con recoger el fruto de ellas sin tomar personalmente parte. Ayudó sordamente á llenar bien las cárceles, á exasperar al pueblo y luego le dejó obrar bajo la direccion de Danton y de otros. Habia ya mucho tiempo que estaba ligado con Marat y con Danton, aprovechándose de la fogosidad del primero, cuya rivalidad no le inspiraba recelos, y sirviéndose del carácter y maneras revolucionarias del se-

gundo mientras que tuvo otros enemigos que combatir. Con semejantes auxiliares llegó á ejercer un grande influjo en los jacobinos y por medio de ellos en toda la capital, que á su vez influía en la asamblea y en las provincias. Pero este mismo poder le atrajo por de pronto muchos enemigos, los cuales, cuando fué nombrado diputado á la convencion, le denunciaron en la 5.<sup>a</sup> sesion que se verificó el 25 de setiembre de que aspiraba á la dictadura. Entonces subió friamente á la tribuna, y despues de una larga relacion de todos sus servicios desde 1789, se defendió acusando á sus denunciadores que eran los girondinos, y la asamblea pasó á la orden del dia. Volvieron estos á la carga el 29 de octubre por boca de Roland, de Rebecqui, y sobre todo de Louvet, que pronunció contra él un discurso muy elocuente, á que madama Roland dió el titulo de *La Robespierrada*. Procuró justificarse, ayudado de su hermano y de Danton, los cuales fueron escuchados con poco favor; pero el 5 de noviembre fué el dia de su completo triunfo. Toda la sesion la empleó en rechazar la denuncia de Louvet y obtuvo una señalada victoria contra los girondinos, yendo en seguida á celebrarla en la sociedad de los jacobinos, donde Merlin de Thionville le dijo cara á cara *que era una águila y que Barbaroux era un reptil*: en el mismo tono le felicitaron Manuel y Collot.

Desde aquel momento no cesó de apresurar la muerte de Luis XVI con un encarnizamiento y constancia sin igual. El 30 de noviembre propuso que « se abriese sin dilacion el juicio contra el último tirano de la Francia, » y se le aplicase la pena debida á sus atentados. » El 2 de diciembre sostuvo en un largo discurso « que no se trataba de juzgar á Luis, sino de ejercer un acto de providencia nacional, declarando á este príncipe traidor á la nacion francesa y á la humanidad, condenándole á dar un gran ejemplo al mundo en el sitio mismo en que los mártires de la libertad habian perecido el dia 10 de agosto. » Tambien propuso que se entregase á los tribunales las personas de la reina y madama Isabel, con-

servando encerrado en el *Temple* al Delfin hasta la paz. El 3 de diciembre se le reusó la palabra sobre el mismo asunto; pero el dia 4 la tomó á pesar de todos los que se opusieron y propuso, *que se condenase inmediatamente á muerte á Luis en virtud de una insurreccion*. Ultimamente hasta el dia del suplicio de este príncipe no cesó de subir á la tribuna para pronunciar, segun la expresion de uno de sus cólegas, *vociferaciones de canibales y arremetidas atroces*. Inútil es decir que el dia de la sentencia votó por la muerte.

El 27 de marzo 1793 persiguió de nuevo los restos de la familia de Borbon, y confundiendo su causa con la de los girondinos, contra quienes estaba en lucha hacia mucho tiempo, pidió el 10 de abril que la reina, el duque de Orleans, Sillery, Vergniaud, Guadet, Gensonne y Brissot fuesen remitidos ante el tribunal revolucionario. En medio de este combate, que estuvo varias veces para serle funesto, continuó gozando de un poder absoluto en la capital, proponiendo de tiempo en tiempo decretos mas propios de un faccioso que de un hombre de estado; pero al fin las jornadas del 31 de mayo y 2 de junio, que fueron obra de los dantonistas, le hicieron dueño de la convencion y fundaron aquel imperio tiránico que no tuvo mas término que el de su vida. Los enemigos mas peligrosos que tenia entre los girondinos fueron puestos fuera de la ley y los demas arrestados, en términos que todo se humilló en su presencia y en la del gobierno republicano, que se confió á una comision llamada de salud pública de que él era el director, y á doce comisiones que suplían por otros tantos ministerios. La multitud de denuncias y suplicios que caracterizaron aquella época de terror, convirtieron á Paris y aun á toda la Francia en una especie de silencioso desierto, de suerte que nadie se atrevia á hablar con nadie sin temor de encontrarse con su delator. Desde entonces ocupado Robespierre en las comisiones con sus cómplices, se presentaba pocas veces en la convencion, y esas solo para recibir aplausos. La esposa y hermana de Luis XVI perecieron en el cadalso

y todos los departamentos sirvieron de teatro sangriento de las venganzas suyas ó de sus procónsules. Pero sin embargo no todos los que parecían sus amigos y eran cómplices suyos pudieron conformarse largo tiempo en obedecer á un hombre, que no tenía otro talento que el de aprovecharse de sus sucesos y de sus faltas. La multitud de perfidias que había ejercido con otros, les dieron á conocer que llegaría pronto el día en que invocando la justicia, la humanidad y la moderación, sacrificaría también á los jacobinos, como había sacrificado á sus antagonistas. La facción de la municipalidad ó de los hebertistas, que había contribuido mas que ninguna otra á desembarazarle de los girondinos, fué la primera á separarse de las comisiones y por consecuencia de Robespierre. Orgullosos con las victorias que había hecho conseguir hasta entonces á la Montaña, creyó que podía reinar sola y dictar leyes á la convención; pero la suerte ó la habilidad de Robespierre supo oponerla á un tiempo los jacobinos y franciscanos, cuyos esfuerzos reunidos acabaron con ella en marzo 1794. Mas poco despues de esta victoria le quedaba que vencer otro enemigo mas terrible que todos los anteriores. Aquel Danton, cuya energía le había servido de apoyo en tantas y tantas ocasiones, y por cuyo influjo se había deseado de las demas facciones, capitaneaba todavía la de los franciscanos (cordeliers) y no era posible que existiesen juntas estas dos potencias. Había tenido gran cuidado Robespierre de colocar á todas sus criaturas en el gobierno, y de separar poco á poco á las que lo eran de su rival á fin de quitarle todos los medios de acción. Para despopularizarle mas le envió á que se enriqueciera en la Bélgica y no se pasó una semana sin hacerle acusar, prender y entregar al cadalso, con Desmoulins, Lacroix, Favre etc. despachando por el mismo en lo restante del mes de abril á todos los que quedaban del partido de los franciscanos y de la municipalidad, á quienes designaba con el apodo de *atheos*.

Se había dignado en agosto 1793 presidir la convención á quien él llamaba *su máquina de decretos*, pero

no se servía de ella sino de los jacobinos y de las comisiones para la ejecución de sus proyectos. Desde entonces sus expresiones favoritas no eran otras que *es necesario, es preciso, yo lo mando*, y aun llegó el caso de mandar echar de la sociedad á dos miembros de ella por haberse tomado la libertad de oponerse á su dictámen. Lo singular es que en medio de tantos horrores y de tan insoputable tiranía, hubo momentos en que la Francia entera aplaudió sinceramente las crueldades de Robespierre contra las demas facciones, esperando ser menos desgraciada bajo el despotismo de una sola. Hasta los realistas le perdonaron en cierto modo la sangre que había derramado de los suyos, en cambio de haber hecho sufrir la misma suerte á los principales revolucionarios.

En mayo de 1794 fue cuando hizo anunciar por su secretario Barrére el nuevo plan de religion que había meditado y que le atrajo en efecto algunas simpatias; pero que debió servir de prueba aun á los menos reflexivos, de que el tirano se creía seguro del gobierno, supuesto que pensaba en reedificar, ya que hasta entonces solo había pensado en destruir. Muy de sospechar es que Robespierre hubiera conservado el mando por largo tiempo en medio de su tiranía, si contento con haber abatido las primeras cabezas de la convención, hubiese á lo menos tranquilizado las de los miembros que aun quedaban y que ciertamente no debían inspirarle recelos. Pero tímido, cobarde y desconfiado, creyó que necesitaba para asegurarse buscar un apoyo en el partido moderado, sacrificando á esta opinión los principales agentes del gobierno revolucionario. Con este objeto anunció que estaba dispuesto á castigar los excesos y dilapidaciones de muchos de sus cólegas que habían ejercido mandos ó desempeñado misiones, y la vista del peligro les dió á estos el valor necesario para substraerse á sus furores. El día 10 de junio Ruamps y sobre todo Bourdon de l'Oise se atrevieron á manifestar alguna desconfianza de la comisión de salud pública, lo cual ocasionó el 11 una discusión acalorada en la cual habló Robespierre con mu-

cho despotismo, apoyándole Barrère y Billaud Varennes (que un mes despues debian ser sus acusadores), los cuales impusieron silencio á Tallien que habia tomado la defensa de Bourdon. Todos estos conocieron que estaban perdidos sin remedio, y así redoblaron sus esfuerzos é intrigas para derribar á Robespierre. No lo ignoraba este último ni hubiera sucumbido á ellas, si olvidando el sistema de rigor que tambien le habia probado hasta entonces y sordo á los consejos de St. Just que tanto se le recomendaba, no hubiese contemporizado con sus enemigos, que fue lo que le perdió. Despues de haber pasado muchos dias en el retiro, ocupándose en proyectar mientras que hubiera debido estar en accion, volvió á presentarse el 26 de julio en la convencion y subió á la tribuna para ponderar su virtud. Procuró ganarse el partido del centro haciendo alarde de que siempre le habia defendido, y declamó contra varios miembros de las comisiones que se iban separando de él. Mas tambien entonces se atrevió Bourdon á tomar la palabra contra él, proponiendo que antes de imprimirse el discurso de Robespierre, pasase á las comisiones para que le examinaran, porque podía muy bien haber en él algunos errores. Al oír esta palabra de *errores* en un discurso de Robespierre, empezaron á cobrar ánimo muchos diputados que antes la hubieran mirado como una blasfemia. Vadier, Cambon, Billaud, Pannis, Bentabolle, Charlier, Amar, Thuriot y Breard, todos tomaron la palabra sucesivamente contra el déspota, aunque sin atreverse á esplicarse muy claro por el espanto que todavia inspiraba. Solo Barrère que aun estaba indeciso, pronunció algunas frases insignificantes que no podian comprometerle con ninguno de los partidos. Sin embargo Robespierre conoció el peligro que le amenazaba y al ver que varios miembros del gobierno se separaban de él, reunió á sus amigos íntimos en aquella noche, y aunque St. Just le instaba para que no perdiese un momento sin atacarlos, él lo difirió por 24 horas y este retardo ocasionó su muerte. Al día siguiente quiso St. Just ha-

blar en la convencion, pero los gritos le impidieron ser escuchado: Tallien principiò de nuevo el combate y Billaud de Varennes acabó de romper el velo llamandó tirano á Robespierre. Este quiso subir á la tribuna, pero fueron tantos los gritos de *muera*, que tuvo que bajarse al instante. En medio de aquella súbita tormenta no dejó de mostrar mayor ánimo del que era de esperar de él, pues no cesó de amenazar á la convencion en general y á Tallien en particular, hasta que al fin puesto á votos el decreto de su arresto, fue aprobado por la mayoría, no solo contra él sino tambien contra su hermano, contra St. Just, Couthon y Lebas. Entonces volviéndose Robespierre hacia los vencedores les dijo « los bergantes triunfan; » pero por la noche fué atacada la comision de seguridad general y Robespierre y sus cómplices fueron conducidos desde el Luxemburgo á la casa de la ciudad, donde el comandante de la guardia nacional Henriot, el corregidor Fleuriot y el procurador síndico Payan con algunos de sus amigos, juraron defenderlos y se declararon en insurreccion contra la convencion. Tuvo entonces Robespierre la esperanza de salvarse, y así escribió, juntamente con St. Just, un billete á Couthon diciéndole que dentro de dos horas iba á marchar contra la convencion, y que hallándose proscritos todos los patriotas, se habia sublevado el pueblo y era indispensable que viniese al ayuntamiento donde le esperaban. Mas entretanto que ellos perdian el tiempo en discurrir, los parisienses estaban acechando hacia qué lado propendia la victoria y cuales serian sus nuevos señores para reunirse inmediatamente á ellos. La convencion tomó la delantera, declarando á Robespierre y sus partidarios fuera de la ley y nombrando á Barras y á otros once comisionados para dirigir la fuerza armada. Entonces aquella porcion de tropas que se habia unido á Henriot le abandonó, y á las 5 de la mañana el ayuntamiento, Robespierre y todos sus amigos estaban en poder de la convencion. Los detalles de su muerte pueden verse en el texto.

## PAGINA 336.

4 El marques de Monspei , teniente de guardias de corps y diputado de la nobleza de Beaujolois á los estados generales , se empeñó en defender á sus compañeros de los excesos del banqueté de que les acusaban. Pero habiendo prometido Mirabeau suministrar todas las pruebas con tal que antes se declarase la inviolabilidad del rey , no tuvo que replicar y retiró la mocion. Cuando se concluyó la legislatura, emigró de Francia y mandó en 1795 un regimiento de caballeria noble en el ejército de Condé.

## PAGINA 336.

5 Petion ó Pethion de Villaneuve , corregidor de Paris , nació en Chartres el año de 1753, siendo hijo de un procurador de aquella ciudad y se recibió de abogado en 1778. Cuando le nombraron diputado del estado llano á los estados generales, era un personage tan obscuro como la mayor parte de los hombres perversos que de los cuatro estremos de la Francia vinieron á caer sobre Paris y adquirieron una tan funesta celebridad. La naturaleza no le habia destinado á otra cosa que á vegetar toda su vida en una curia de provincia , por que no tenia ninguna calidad para brillar en un teatro como el de la capital. Asi fué que á los principios no hizo mas que un papel muy secundario y muy proporcionado á su talento. Quieren algunos decir que era buen mozo ; pero si por tal se entiende el tener unas facciones regulares pero inanimadas , una fisonomia fria y sin espresion, y unos ojos tan inmóviles como si fueran de cristal , entonces no se puede negar que era un tipo de belleza. En cuanto á sus talentos oratorios solo puede decirse que era empalagosísimo , pedante y tan vacío de ideas , que en cuanto subia á la tribuna , bastaba para que todos echaran á correr de la sala. Viendo pues que no le llamaba Dios

para orador , vió si podia á lo menos llamar la atencion como faccioso y asi se dió prisa en afiliarse en el club breton que acababa de instalarse. Allí no dejó de hacerse lugar con los que ya soñaban en formar una república , de modo que no se habian pasado seis meses de la apertura de los estados generales , sin que ya le hubiesen bautizado con el nombre de *el virtuoso*. Para justificar este título no perdía Petion ocasion alguna sin declarar contra la corte , contra el clero , y contra la nobleza , que era el medio seguro de adquirir prosélitos , que en Paris como en todas partes miran con envidia á todas las superioridades sociales. El fué quien en 1790 solicitó una ley contra los sospechosos ; y quien en la misma sesion se opuso á que Luis XVI continuara intitulándose *rey por la gracia de Dios*. Como Mirabeau no podia menos de hacerle sombra , desde los principios se declaró su antagonista y su perpetuo denunciador ; pero la reina sobre todo era el objeto de su mayor aversion , llegando hasta á designarla en la noche del 5 de octubre al puñal de los asesinos. Conforme la asamblea iba adelantando en la carrera de las revoluciones , iba Petion aumentando en influjo , á punto de que cuando llegó la época del viage de Varennes le eligió la asamblea por uno de los tres comisionados que debian traer á Paris al desgraciado monarca. Su conducta en aquel viage fué tan dura y tan grosera , que no dejó duda alguna de que aquella alma era incapaz de ningun sentimiento de humanidad. En prueba de ello baste decir que en el coche del rey venian ocho personas , contando los tres comisarios , y por consiguiente el Delfin tenia que venir ya sobre las rodillas del uno ya sobre las del otro. Una vez que estaba sentado sobre las de Petion , empezó el niño á hacer algunos movimientos propios de su tierna edad , y Petion echándole en los muslos de su madre dijo : « qué muchacho tan inquieto y tan mal criado ! » Despues de tales muestras de urbanidad republicana , nadie estrañará que en la sesion del 15 de julio solicitase Petion que se le formase causa al rey ; pero habiéndose